

para los que se interesen por la Ilustración peruana. Como perspectivas futuras, parece interesante abordar el estudio comparativo con otros periódicos de las Sociedades Económicas de Amigos del País americanas que podría dar un panorama amplio y, en parte muy similar, de la Ilustración latinoamericana. Pienso, sobre todo, en la Gaceta de Guatemala dirigida por Jacobo de Villaurrutia, entre los años 1794 y 1799 fecha en que se suspendió su publicación.

Elisa LUQUE ALCAIDE

Eamon DUFFY, *Santos y pecadores. Una Historia de los Papas*, traducción de Andrés Linares, Acento Editorial/PPC, Madrid 1998, 326 pp. + ilustraciones.

El libro que ahora se publica en español vio la primera luz de la imprenta en lengua inglesa (1997), bajo la responsabilidad editorial de la Yale University Press. Su autor, profesor en Cambridge, veló sus primeras armas como especialista en «Historia del Catolicismo Inglés durante el siglo XVIII», para desempeñar más tarde el cargo de «Reader in Church History» en el seno de dicha Alma Mater Cantabrigiensis. La obra, de cuya recensión me encargué (cfr. «Anuario de Historia de la Iglesia» 8 [1999] 446-449), nacía destinada sin duda alguna a la notoriedad. El autor dista mucho de ser un ignorado ilustre: se le reconoce señorío de su pluma, capacidad de expresar su pensamiento con austera concisión, acierto para ausentar de sus escritos los ripios —mentales o literarios— que suelen ser inseparables de los mediocres.

Aquella reseña que escribí hace un año se prolonga ahora con este comentario, que viene pedido por la difusión en «román paladino» de unas páginas extendidas sobre una plataforma hermenéutica a la que el público español no está habituado. De ahí la necesidad de subrayar algunas matizaciones y de advertir acerca de las coordenadas en que se expresa el autor del libro. La última semana de junio de 1998 el propio Duffy tuvo ocasión de hacerse explícito sobre las claves que gobiernan su pensamiento, a través de una conferencia leída durante el «Open Day» que el semanario «The Tablet» suele celebrar periódicamente. El texto referido fue publicado la semana siguiente en versión reducida en las páginas del semanario (4 de julio de 1998, pp. 871-873): es decir, en coincidencia con las fechas en que la presente traducción castellana había salido a la calle o estaba a punto de salir.

Ya dije en la recensión de 1998 que «no es lo mismo escribir la historia de los Papas que penetrar con la debida hermenéutica en el estudio de la historia del Primado propiamente dicha». Que abundan las historias del Papado mientras «escasean las historias del Primado Romano: hasta tal extremo, que puede decirse que tal laguna constituye una asignatura pendiente. Es decir, que los historiadores se refugian de ordinario en la certificación crítica de lo acontecido; en el inventario de lo que consta y de lo que no consta. Pero se lavan las manos haciendo dejación sistemática de la hermenéutica histórica, de la interpretación, que es en definitiva la clave más pura del conocimiento histórico, docto y sapiencial».

En el ya manido debate en torno a la naturaleza del menester de la Historia de la Iglesia se han solido destacar dos frentes: 1) el de los que opinan que la historia de la Iglesia se construye sobre una base epistemológica semejante a la de cualquier otra historia; 2) el de

los que no olvidan que la historia es principalmente descubrimiento e interpretación del obrar personal: lo cual exige la determinación precisa del sujeto de la historia y el ejercicio crítico necesario para mantener el enfoque hacia la objetividad posible: eso supone en el historiador —además de una «*téchne*» y de un «*éthos*» específicos— un bagaje intelectual copioso, una formación científica exigente, adecuada a la labor que se propone. Cuando se trata de la historia de la Iglesia, una base teológica de rango profesional es necesaria, porque sin ella el sentido crítico no podría educarse ni su ejercicio desarrollarse con justeza.

Viene ocurriendo hace más de cien años que los teólogos —por no decir mejor, la Iglesia— se encuentran contestados en su quehacer por objeciones que se yerguen desde el campo histórico e historiográfico. La experiencia repetida enseña que la elaboración sistemática mejor lograda puede verse derruida por la fuerza de las denuncias que se basan —con justicia o no, con veracidad o no— en el hecho histórico. La historia del Pontificado Romano constituye de por sí un imán de objeciones, habida cuenta de su conexión necesaria —por acción o por omisión— con toda la actividad de la Iglesia y de los cristianos. Y el primer punto neurálgico, capítulo primero y más grave que ningún otro, es la justificación del Primado del Obispo de Roma sobre la Urbe y el Orbe.

La teología que subyace bajo la interpretación histórica de Duffy la conocemos en sus términos explícitos a partir de la conferencia de «*The Tablet*»: cabría presumirla de la simple lectura de *Santos y pecadores*. Pero estamos ante una certeza declarada. Por lo menos desde la Edad Media —es su pensamiento— el Papado se presenta en la Iglesia como si hubiese sido instituido por Cristo cuando escogió a Pedro como Príncipe de los Apóstoles prometiéndole las llaves del Reino de los Cielos y el «poder supremo de atar y desatar», y cuando después de su Resurrección le confirió el Primado junto al lago de Tiberíades, es decir, el poder de apacentar la totalidad de la grey redimida y la misión de confirmar a sus hermanos tras el escándalo de la Cruz. «Ya hace más de cien años que nos hemos enterado de que la argumentación histórica que avala este cúmulo de datos no es en modo alguno —desafortunadamente— una tarea sencilla... De hecho, las verdaderas raíces de lo que puede llamarse el mito fundacional del papado son incómodamente complicados» («*The Tablet*», p. 871).

La Iglesia —y sigo haciendo aquí y en los siguientes párrafos la recensión del pensamiento de Duffy— se había establecido en Roma desde los años cuarenta, bastante antes de que pudieran llegar allí Pedro o Pablo. La cristiandad de la Urbe —llamando así al conjunto de comunidades que allí van surgiendo a lo largo del siglo I— se caracteriza, en razón de su origen, por su filia judaica. Su gestación se hace posible como prolongamiento de la vida en las sinagogas. De ellas había catorce en la capital del Imperio y todas y cada una eran independientes entre sí sin trabazón organizativa. Cabe decir que eran celosamente independientes. Por otra parte, el culto cristiano se fue desarrollando también en casas de conversos —del judaísmo o de la gentilidad—, que a su vez se mostraban celosos de su autonomía. En el hervidero de fermentos de aquella ciudad cosmopolita se hallaban también cristianos que habían llegado y seguían llegando a la Urbe con las costumbres de sus iglesias o grupos de origen, apegados al uso de sus lenguas nativas y de sus estereotipos litúrgicos. En semejante emporion bien puede imaginarse la rivalidad entre grupos que difícilmente reconocerían una autoridad común. Por lo demás al final del primer siglo comienza a emerger el episcopado como plasmación garante del orden en la Iglesia.

«Todo lo que sabemos de la Iglesia de Roma en su primera centuria apunta en la misma dirección, es decir a una comunidad que ciertamente se ha interpretado a sí misma como una Iglesia, pero que en la práctica, era una invertebrada y con frecuencia dividida federación de comunidades ampliamente diferentes, cada una con sus propios pastores y sus propias, diversas y con frecuencia conflictivas, liturgias, calendarios y costumbres». Había de hecho un riesgo de herejía en este hervidero, que estaba clamando a gritos por una autoridad que impusiese orden: tal fue la exigencia que hizo surgir en Roma un obispo —es decir un «senior» prestigioso— en aquella comunidad que se gloriaba de conservar los sepulcros de los dos atletas de la Fe, Pedro y Pablo.

Vino entonces —continúa el pensamiento de Duffy— el trabajo de prestigiar al obispo con una genealogía: la necesidad de reconstruir la saga familiar de la Iglesia, de señalar concretamente las ramas brotadas del tronco común, crecido a su vez de las raíces apostólicas, cuyos enterramientos estaban —ya por el año 160— acogidos bajo sencillos santuarios: todo lo que cabía ostentar en aquella circunstancia de peligrosa marginación religiosa. Se divulgaba ya por entonces la catequesis, cuyo exponente más preclaro es la formulación de Ireneo con su lista de los primeros papas; y cuyo monumento arqueológico más célebre es la cripta de los papas conservada en la actual catacumba de San Calisto.

No es posible —ni lo pretendo, por tanto— dar detalle acabado de la exposición de Duffy y de su concepción de los orígenes. Con lo dicho basta para comprender el significado de las siguientes formulaciones suyas: «El hecho de reconocer que la aparición de los obispos de Roma no fue sencillamente el resultado de un acto directo e inmediato del Encarnado Verbo de Dios durante el tiempo de su vida, sino más bien el resultado de un largo e incierto proceso de evolución —que hubiera podido verosímilmente desarrollarse en otra dirección—, desautoriza de un vez por todas cualquier interpretación absolutista de la autoridad papal» (872).

«En faz de historia no nos es posible suscribir la tesis del Papado en su valor atemporal (“timeless”), como si, fundado en el comienzo por un mandato de Nuestro Señor, se siguiese manteniendo a todo lo largo de las vicisitudes del tiempo en el ejercicio constante de aquel divino mandato. Cabe otra versión, menos directa, en la cual la historia del Papado es la historia de la firme permanencia de su más íntima realidad. En esta segunda versión de la teoría papal, se reconoce —en toda la plenitud de su valor— el peso de las transformaciones históricas. Lo que permanece constante, sin embargo, es la íntima realidad del Papado, una misión revelada en las fuentes bíblicas y manifestada en la primera historia de la Iglesia y que en su firmeza aparece cada vez más esclarecida en su larga marcha a través del tiempo» (*ibidem*, p. 872).

¿Cuál es esa íntima esencia del Papado que permanece incorrupta a lo largo de los siglos? Duffy lo explica a partir de una de aquellas sinceraciones impresionantes y notablemente psicologistas de Pablo VI —para Duffy el Papa más importante de los tiempos modernos—. Escribía Pablo VI seis semanas después de haber asumido la carga pontifical: «El puesto es único. Aporta graves preocupaciones. Yo estaba solitario ya de antes, pero ahora mi soledad se ha hecho completa y sorprendente. Jesús iba sólo hacia la Cruz... Mi soledad va a crecer. Necesito no tener miedo; debería no buscar fuera de mí una ayuda que me exonerare de mi deber. Mi deber es planear, decidir, asumir la responsabilidad total de guiar a otros, aunque ello parezca ilógico y también, tal vez, absurdo. Y sufrir solo... yo y Dios. El

coloquio debe ser pleno e inacabable». Y comenta Duffy: «Esta es una noble visión del Papado. Concebido como servicio, no como poder. Pero enfáticamente concebido al margen de la participación con otros. Si pensáramos en una sensibilidad que no se moviese por fidelidad y por coraje en servicio a los discípulos de Cristo, estaríamos evocando una sensibilidad grosera que no es la que subyace a la visión del Papa; ahora bien, aun arriesgándose a pecar de bastedad, lo cierto es que uno no puede menos de percibir que esa concepción se deriva —por lo menos en parte— de una interpretación de la naturaleza y origen del Papado que es completamente equivocada. En la historia alternativa, la autoridad papal no es la egregia prerrogativa de un individuo, no es el inevitable y singular fardo del apóstol; sino más bien, la concentración en un solo hombre de algo que es propiedad de toda la comunidad y que desde el principio fue ejercido —y luego transmitido hasta el presente— colectiva y colelialmente» (*ibidem*, p. 872).

Es decir, que el peso del Primado Romano es fruto de una opción por completo contingente e histórica. Ahora bien, Duffy desea sinceramente poner frontera a su relectura de la tradición de la Iglesia y límite a sus equilibrios en torno a la doctrina del Vaticano I. «No es mi argumento —dice— que el Papado se haya construido sobre falsas apelaciones o que debiera desmantelarse: el Papado es un hecho. Como la Iglesia es un hecho, resultante de un complejísimo e inimaginable trayecto a través del tiempo en que la Palabra de Dios se anuncia a sí misma a la humanidad. Como cristianos católicos no podemos deshacer el pasado ni comenzar a escribir a nuestro antojo una página en blanco, porque conocemos que la morada de Dios está entre nosotros y que, además, todos somos criaturas del tiempo, personalidades constituidas y formadas tanto más por lo que nos ha ocurrido, por lo que constituye nuestra historia pasada, que por aquello mismo que fue objeto de nuestra elección o que hemos realizado bajo nuestra libre responsabilidad. El Papado es una de las formas concretas en que el orden, la unidad y la fidelidad a la verdad han sido preservados en la Iglesia» (*ibidem*, p. 873).

La conferencia de Duffy, que he reseñado, provocó reacciones y aparecieron sucesivamente en «The Tablet» algunas cartas en la sección de opinión. En definitiva, Duffy tenía que reconocer que, aparte la exigua fortuna en datos que caracteriza la historia de la Sede Romana durante el siglo primero, lo cierto es que las hipótesis que describen el ambiente romano de los primeros veinte lustros a partir de los años cuarenta (AD) —por verosímiles que puedan parecer— no significan en modo alguno una refutación de la tradición mantenida hasta hoy. Cierto es —y ha dejado de ser objeto de controversia— que el sepulcro de los apóstoles Pedro y Pablo está en el fundamento de la tradición recibida. Cierto es que no se ha presentado hasta el momento confutación alguna incontestable a la lista de Ireneo. La interpretación que Duffy dedica tanto a esa lista como a la cripta de los papas cual si se tratase de una purificación artificial de la memoria histórica de la Iglesia Romana es sencillamente gratuita. Cierto es que el vidente Pastor de Hermas cita a Clemente como encargado de mantener la correspondencia con las otras Iglesias, pero no se trata de un secretario, como sospecha Duffy, haciendo una versión minimalista de los datos. Además la alusión a los «dirigentes» no indica necesariamente un «régimen democrático» ni una «federación» más o menos cohesiva. En Roma, el ministerio de los colaboradores de los Apóstoles ha sido análogo al de las otras iglesias paulinas —cada una con sus dificultades propias—; y el surgir de los moldes institucionales que perfilan una realidad «vissuta e sofferta» antes de traducirse en canon y norma estereotipada ha debido de seguir el mismo curso.

Creo que esta es la clave para una lectura cabal de este libro, modélico por lo demás en cuanto a dominio de un género literario: Eamon Duffy es un profesor católico con afecto sincero a la Iglesia —de hecho ha sido recientemente nombrado para el Pontificio Comitato per le Scienze Storiche—. Su situación le lleva también a deslizarse un tanto en su afecto ecumenista, que resulta desproporcionado. Su «forma mentis» teológica tiene ascendientes desde finales del siglo decimonónico. Recientemente bastaría recordar el pensamiento de Hans Küng. Todas las anécdotas que se pudieran entresacar de las páginas del libro se interpretan a la luz de lo dicho y no compensaría detenerse a poner puntos sobre las fés.

Santos y pecadores es un buen título. En esto, en tener luces y sombras cada uno de ellos —y todos juntos y a la vez— los papas son como todos los hombres y como toda historia en que intervenimos los hombres con nuestra libertad defectible. Pero a través de los siglos se escucha siempre la voz: Y tú una vez convertido confirma a mis hermanos.

Enrique DE LA LAMA

José María GARCÍA ESCUDERO, *De periodista a Cardenal. Vida de Ángel Herrera*, prólogo de Mons. Guix Ferreres, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), Madrid 1998, 431 pp.

La figura de Ángel Herrera (1886-1968) resulta familiar al lector de manuales y monografías de la historia de España del siglo XX. Se encuentra con ella al estudiar las organizaciones apostólicas de los católicos, los medios de información, las formaciones sindicales y políticas, los equipos de gobierno, las campañas de opinión, etc. A partir de 1940, también descubre a Herrera entre las personalidades relevantes del mundo eclesiástico. En todos esos campos tuvo Ángel Herrera un destacado protagonismo, que ha atraído en muchas ocasiones la atención de los historiadores.

Sin embargo, faltaba una obra como la que ahora nos ocupa: una biografía. Ha llenado ese vacío uno de los autores que se encuentran en mejores condiciones para hacerlo: José María García Escudero tiene numerosas publicaciones sobre historia de España del siglo XX, y ha seguido la vida cultural española durante muchos años como consejero de la Editorial Católica, editora del diario *Ya*. Él es el historiador que hasta el momento más se ha ocupado de Ángel Herrera, de su entorno sociológico y sus diversas creaciones.

Acostumbrado al personaje, ha emprendido la tarea de relatar su vida, ordenando —a veces de modo cronológico, otras temáticamente— lo que había publicado en anteriores monografías, pero añadiendo aquí y allá algún aspecto novedoso, siempre con base en documentación fiable, fundamentalmente tomada de las Memorias y del Archivo de Ángel Herrera a los que García Escudero tiene acceso.

Así, por ejemplo, despiertan especial interés los relatos sobre el apartamiento del P. Ángel Ayala en 1911 de la Asociación Católica de Propagandistas, que había fundado pocos años antes, con el deseo de agrupar seglares que pudieran influir con sentido católico en la vida pública. A lo que ya se ha escrito sobre su retiro, García Escudero ha añadido algunos